NEIL GAIMAN

AMERICAN GODS

rocaeditorial

American Gods

Neil Gaiman

Traducción de Mónica Faerna

Rocaeditorial

AMERICAN GODS
Neil Gaiman

«Me trasladé a los Estados Unidos en 1992. Algo empezó a germinar en mi cabeza. Eran ideas aisladas que sabía que eran importantes y sin embargo parecían inconexas: el encuentro de dos hombres a bordo de un avión; un coche sobre el hielo; el significado de los trucos con monedas; y sobre todo, los Estados Unidos: este lugar inmenso y extraño donde ahora vivo y que yo sabía que no comprendía. Pero quería comprenderlo. Más que eso, quería describirlo. Quería escribir un libro que incluyera todas las cosas que me fascinan y me obsesionan de Estados Unidos, que son precisamente las cosas que no suelen mostrar las películas y las series de televisión. Algún día, espero, retomaré esta historia. Después de todo, ahora Sombra tiene diez años más. Y también los Estados Unidos. Y los dioses siguen esperando.»

Neil Gaiman, en la introducción a la edición del décimo aniversario de la publicación de *American Gods*.

ACERCA DEL AUTOR

Neil Gaiman, el maestro de la novela gráfica, es autor además de varios libros infantiles y juveniles entre los que se incluyen: *Coraline*, la colección de relatos *M de magia*, *El libro del cementerio* y *El cementerio sin lápidas y otras historias*.
Entre los numerosos premios que se le han concedido están el World Fantasy, el Hugo, el Nebula y el Bram Stoker. Aunque nació en Gran Bretaña, ahora vive en Estados Unidos. Le gustan la apicultura, las bibliotecas y Amanda Palmer, su esposa también escritora.
Para más información, puedes visitar su página
www.mousecircus.com
#americangods.

ACERCA DE LA OBRA

«Una fantástica novela… Con un engranaje tan perfecto como el de un reloj, pero que se lee con una suavidad como la de la seda o el chocolate derretido.»
The Independent

«Una novela que te deja con la boca abierta, terroríficamente épica, empapada de metáforas y símbolos. Gaiman es a la literatura lo que Antoni Gaudí fue a la arquitectura.»
Midweek

«Gaiman tiene una rica imaginación… y la habilidad para dominar los grandes temas.»
Philip Pullman

«Oscuro, divertido y un alimento para el alma.»
Michael Chabon

Para los amigos ausentes;
Kathy Acker y
Roger Zelazny,
y todos los puntos intermedios.

He hecho lo posible por localizar y ponerme en contacto con los titulares de los derechos de los textos reproducidos en este libro. No obstante, se me han notificado varias omisiones que serán subsanadas en futuras ediciones. Quisiera expresar mi agradecimiento a quienes me han concedido autorización para incluir sus materiales en el libro:

Extracto de «*The Witch of Coos*», poema incluido en *Two Witches*, de *The Poetry of Robert Frost*, editado por Edward Connery Lathem, ©1951, Robert Frost, copyright 1923, 1969, Henry Holt and Co. Con permiso de Henry Holt and Company, LLC.

«*Tango Till They're Sore*», de Tom Waits. Copyright ©1985, JALMA Music. Con su autorización. Todos los derechos reservados.

«*Old Friends*», música y letra de Stephen Sondheim. Copyright ©1981 Rilting Music, Inc. Todos los derechos reservados. Con autorización de Warner Bros. Publications U. S. Inc., Miami, FL 33014.

«*In the Dark with You*», de Greg Brown. Copyright ©1985, Hacklebarney Music / ASCAP. Con su autorización. Todos los derechos reservados.

Los versos de «*in just*». Copyright 1923, 1951, ©1991, albaceas del E.E. Cummings Trust, editado por George J. Firmage. Con la autorización de Liveright Publishing Corporation.

«*Don't Let Me Be Misunderstood*», de Bennie Benjamin, Sol Marcus y Gloria Caldwell. ©1964 Bennie Benjamin Music Inc. © renovado, asignado a Warner Bros Music Corporation, Bennie Benjamin Music, Inc. and Chris-N-Jen Music. Todos los derechos reservados, administrados por Chappel & Co., en representación de Bennie Benjamin Music, Inc. Con autorización. Warner Bros. Publications U.S. Inc., Miami, FL 33014.

Extracto de «*The Second Coming*» reproducido con la autorización de Scribner, filial de Simon & Schuster, Inc. *The Poems of W. B. Yeats: A New Edition*, editado por Richard J. Finneran. Copyright ©1924, Macmillan Publishing Company; copyright renovado ©1952, Bertha Georgie Yeats.

Este libro es una obra de ficción. Las referencias a personajes, acontecimientos, establecimientos, organizaciones o localizaciones reales no tienen otro fin que el de darle a la historia un aire de autenticidad, y han sido utilizados en el contexto de la ficción. Todos los demás personajes, los incidentes que en él se relatan y los diálogos son producto de la imaginación de su autor y no deben ser interpretados como algo real.

Introducción a la Edición X Aniversario

No sé cómo es la experiencia de leer este libro. Sólo sé cómo es la experiencia de escribirlo.

Me trasladé a los Estados Unidos en 1992. Algo empezó a germinar en mi cabeza. Eran ideas aisladas que sabía que eran importantes y sin embargo parecían inconexas: el encuentro de dos hombres a bordo de un avión; un coche sobre el hielo; el significado de los trucos con monedas; y, sobre todo, los Estados Unidos: este lugar inmenso y extraño donde ahora vivo y que yo sabía que no comprendía. Pero quería comprenderlo. Más que eso, quería describirlo.

Y entonces, durante una escala en Islandia tuve ocasión de contemplar un diorama para turistas de los viajes de Leif Erickson, y todo empezó a cobrar forma. Le escribí una carta a mi agente y editora explicándole cómo sería el libro. En el encabezamiento de la carta escribí: «American Gods». Parecía la portada del libro que tenía pensado escribir.

Me pareció desconcertante y a la vez estimulante el tener la portada antes que el libro. Lo colgué en la pared y me quedé mirándolo, intimidado, y supe que ya nunca encontraría otro título. Esa era la portada del libro. Ese era el libro.

Ahora solo me quedaba escribirlo.

Escribí el primer capítulo durante un viaje en tren de Chicago a San Diego. Y seguí viajando, y continué escribiendo. Viajé en coche desde Mineápolis a Florida, por carreteras secundarias, siguiendo las mismas rutas que Sombra recorrería en el libro. Seguía escribiendo y, de tanto en tanto, cuando me atascaba, me echaba a la carretera. Comí empanadillas en la Pe-

nínsula Superior y tortas de maíz fritas en Cairo, Illinois. Procuré no escribir sobre ningún lugar en el que no hubiera estado.

Escribí el libro en diversos lugares: varias casas en Florida, una cabaña en un lago de Wisconsin, y una habitación de hotel en Las Vegas.

Quería acompañar a Sombra en su viaje, y cuando no sabía qué hacer con Sombra me ponía a escribir un relato sobre el Desembarco en los Estados Unidos, y para cuando llegaba al final ya sabía cuál era el siguiente paso de Sombra, y volvía con él. Me había propuesto escribir dos mil palabras al día, así que si lograba escribirlas me daba por satisfecho.

Recuerdo que cuando tenía ya terminado el primer borrador le dije a Gene Wolf, que es el escritor más sabio que conozco y que ha escrito más grandes novelas que cualquier otro escritor que yo haya conocido, que ahora ya sabía cómo escribir una novela. Gene me miró, y me sonrió con bondad. «Uno nunca aprende a escribir novelas», me dijo. «Todo lo más aprende a escribir la novela que está escribiendo.»

Tenía razón. Había aprendido a escribir la novela que estaba escribiendo, nada más. No obstante, había aprendido a escribir una estupenda y extraña novela. En todo momento fui consciente de que el resultado estaba muy lejos del hermoso, dorado, rutilante y perfecto libro que tenía en la cabeza pero, con todo y eso, estaba más que satisfecho.

Me dejé crecer la barba y no me corté el pelo mientras escribía este libro, y mucha gente pensó que era un pelín raro (menos los suecos; a ellos les pareció muy bien y me contaron que un rey sueco había hecho algo muy parecido, solo que el motivo no fue una novela). Me afeité la barba cuando terminé el primer borrador, y poco después me corté aquella imposible mata de pelo.

El segundo borrador fue básicamente un proceso de excavación y de clarificación. Desarrollé lo que había que ampliar y recorté lo que había que abreviar.

Quería que fuera muchas cosas. Quería escribir un libro largo, raro y lleno de divagaciones; así lo escribí y así resultó. Quería escribir un libro que incluyera todas las cosas que me fascinan y me obsesionan de Estados Unidos, que son precisa-

mente las cosas que no suelen mostrar las películas y las series de televisión.

Por fin lo terminé, y lo entregué, y me reconfortaba pensar en ese dicho popular según el cual una novela se define como una larga pieza de prosa que narra un conflicto,[1] y estaba razonablemente seguro de que eso era lo que yo había escrito.

Mi editora estaba algo preocupada porque el libro que le había entregado era un poco demasiado largo y estaba lleno de divagaciones (que fuera demasiado raro no le importó lo más mínimo), y me pidió que lo recortara un poco, y yo accedí. Sospecho que su olfato no la engañó, porque lo cierto es que el libro tuvo mucho éxito —se vendieron muchos ejemplares, y tuve la suerte de que me otorgaran varios premios, incluidos el Nebula y el Hugo (por lo que tiene de ciencia ficción), el Bram Stoker (por lo que tiene de novela de terror), y el Locus (por su vertiente fantástica), demostrando que por más rara que fuera y por más que hubiera alcanzado cierta popularidad nadie sabía muy bien a qué género pertenecía.

Pero eso fue mucho después: primero había que publicar el libro. El proceso de edición me fascinaba y decidí relatarlo día a día en la web, en un blog que comencé a escribir con ese fin (pero que a día de hoy sigo escribiendo). Tras la publicación me embarqué en una gira promocional por los Estados Unidos, luego continué promocionándolo por el Reino Unido y por Canadá antes de volver a casa. Mi primer encuentro con los lectores tuvo lugar en junio de 2001, en una firma de libros en la tienda que Borders Books tenía en el World Trade Center. Volví a casa un par de días después; el 11 de septiembre de 2001, ya no existían ni la librería ni el World Trade Center.

Me sorprendió la acogida que tuvo el libro.

Estaba acostumbrado a que hubiera gente a la que le gustaban mis historias, y gente que simplemente no las leía. Pero

1. «*A long piece of prose with something wrong with it*». Gaiman hace un juego de palabras con el sentido literal de la frase. La traducción literal sería: «una larga pieza de prosa que incluye algo que está mal». (*N. de la T.*)

nunca había escrito nada que diera lugar a opiniones tan polarizadas. Con este libro no hubo medias tintas: a unos les encantaba y otros lo odiaban. Los que lo odiaban, incluso aquellos a los que les habían gustado otros libros míos, lo odiaban a muerte. Algunos se quejaban de que el libro no era lo bastante americano; otros decían que era demasiado americano; que Sombra era un personaje con el que resultaba difícil simpatizar; que yo no había entendido que la verdadera religión de los Estados Unidos es el deporte; y muchas cosas más. Sin duda, todas estas críticas son válidas. Pero en definitiva, de algún modo, el libro encontró su público. Creo que es justo decir que a la mayoría de los lectores les gustó mucho, y que sigue gustando.

Algún día, espero, retomaré esta historia. Después de todo, ahora Sombra tiene diez años más. Y también los Estados Unidos. Y los dioses siguen esperando.

NEIL GAIMAN
Septiembre de 2010

Sobre la presente edición

El libro que tenéis ahora entre las manos difiere en algunas cosas del texto original tal como fue publicado en su momento.

Poco después de publicarse la novela, Pete Atkins y Peter Schneider, los socios de Hill House Publishers, una pequeña editorial (lamentablemente desaparecida ya), llegaron a un acuerdo con mis editores norteamericanos para sacar una edición especial de *American Gods*. Según me contaban los fantásticos planes que tenían para la edición limitada —proyectaban algo que iba a ser todo un hito en el arte de la edición de libros—, empecé a sentirme cada vez más incómodo con el texto con el que tendrían que trabajar.

Les pregunté, con cierta timidez, si preferirían publicar mi texto original, el texto completo, sin editar.

Resultó que sí, que querían publicar el texto completo.

Y entonces la cosa se volvió más complicada, pues reparé en que, después de editar *American Gods*, lógicamente había seguido corrigiendo cosas e introduciendo algunos cambios, muchos de los cuales habían mejorado el texto considerablemente. Así que para que alguien pudiera publicar una versión definitiva de *American Gods* no quedaba otra que comparar mi versión definitiva y sin editar con el texto que se publicó (porque yo me había liado a introducir cambios en las galeradas con la misma alegría con la que después me olvidé de tomar nota para saber lo que había cambiado), y luego pasárselo a unas cuantas personas de mi confianza para que me dieran su opinión.

Iba a ser una tarea monumental, de modo que hice lo único sensato que podía hacer, dadas las circunstancias: enviarle varios archivos enormes y dos ejemplares de la novela (la edición inglesa y la americana) a Pete Atkins, junto con una lista de los errores y erratas que había ido recopilando desde que el libro se publicó, y le pedí que

lo pusiera todo en orden. Lo hizo, y de forma magistral. Luego cogí el manuscrito que había preparado Pete y lo revisé personalmente, arreglé algunas cosas, lo ordené un poco y volví a incluir algunos pasajes que había suprimido durante el proceso de edición. No los suprimí únicamente para aligerar el libro, sino también para llegar a una versión definitiva con la que yo quedara plenamente satisfecho (dado que una novela es siempre, como quizás haya dicho ya en alguna ocasión, una larga pieza en prosa con algo que no termina de funcionar).

Hill House lanzó una edición limitada de 750 ejemplares (que fue descrita como «un hito en el arte de la edición de libros», y en esta ocasión no fueron ellos quienes lo dijeron). Era una edición muy cara. Les agradezco mucho a mis editores que hayan querido publicar la versión extendida de la novela con motivo del décimo aniversario de su publicación, en una tirada mucho más amplia que aquella de solo 750 ejemplares, y a un precio mucho más reducido. La versión de *American Gods* que tenéis ahora entre las manos es unas doce mil palabras más larga que la que se llevó todos los galardones, y es la versión de la que yo me siento más orgulloso.

Quisiera darles las gracias a Jennifer Hershey, que fue la editora original de la novela, y a Jennifer Brehl, que fue la comadrona de esta edición, y sobre todo, me gustaría agradecerle a Pete Atkins su inestimable ayuda en la preparación de este manuscrito.

Aviso para navegantes

Esto es una obra de ficción, no una guía de viajes. Aunque la geografía de los Estados Unidos de América en este relato no es del todo imaginaria —muchos de los lugares y monumentos que aparecen en este libro se pueden visitar, y también hay rutas que pueden seguirse y situarse en un mapa—, me he tomado algunas libertades. Menos de las que cabría imaginar, pero algunas me he tomado.

No he pedido permiso, y nadie me ha autorizado a usar los nombres de los lugares reales que aparecen a lo largo de esta historia, y supongo que a los propietarios de Rock City o de la Casa de la Roca, y a los cazadores que ostentan la propiedad del motel en el centro de Estados Unidos les sorprenderá como al que más encontrar sus propiedades aquí descritas.

He cambiado el nombre de algunos de los lugares que aparecen en esta novela: la ciudad de Lakeside, por ejemplo, y la granja en la que está ubicado el fresno, cerca de Blacksburg. Podéis buscarlos, si queréis. Incluso puede que los encontréis.

Además, ni que decir tiene que todas las personas, vivas, muertas o lo que sea, que aparecen en este relato son personajes de ficción o se encuadran en un contexto ficticio. Solo los dioses son reales.

Una cuestión que siempre me ha intrigado es qué sucede con los seres míticos cuando la gente emigra fuera de su tierra natal. Los norteamericanos de origen irlandés recuerdan a sus hadas, los de origen noruego a sus nisse, *los de origen griego a sus* vrykólakas, *pero solo en relación con los recuerdos del Viejo Continente. Una vez se me ocurrió preguntar por qué esos seres míticos no se encuentran en Norteamérica, y mis informadores soltaron una risita nerviosa y me dijeron: «Les asusta cruzar el océano, la distancia es demasiado grande», y señalaron también que Jesucristo y los apóstoles jamás pusieron un pie en los Estados Unidos.*

RICHARD DORSON, «*A Theory for American Folklore*», *American Folklore and the Historian* (University of Chicago Press, 1971)

PRIMERA PARTE

Sombras

Capítulo uno

¿Los límites de nuestro país, señor? Pues al norte limita
con la aurora boreal, al este con el sol naciente,
al sur limita con la procesión de los equinoccios,
y al oeste con el día del Juicio Final.
THE AMERICAN JOE MILLER'S JEST BOOK

Sombra llevaba tres años en la cárcel. Como era un tipo bastante grande y tenía pinta de no andarse con gilipolleces, su mayor problema consistía en encontrar maneras de matar el tiempo. Se dedicaba a entrenar para mantenerse en forma, a practicar juegos de manos con monedas y, sobre todo, a pensar en lo mucho que quería a su mujer.

Lo mejor de estar en la cárcel —quizá lo único bueno, en opinión de Sombra— era aquella sensación de alivio: el alivio que produce sentir que uno ha caído ya lo más bajo que se puede caer y ha tocado fondo. No le preocupaba que pudieran cogerle, porque ya le habían pillado. En la cárcel no se despertaba con temor; no le asustaba lo que el mañana pudiera traerle, porque ya se lo había traído el ayer.

Nada importaba, decidió Sombra, si eras culpable del delito por el que te habían condenado o no. Según su experiencia, allí todo el mundo se quejaba de alguna cosa: siempre había algo que las autoridades habían interpretado mal, o algo que decían que habías hecho cuando no era así, o no lo habías hecho exactamente como ellos decían. Lo único importante era que te habían pillado.

Se había dado cuenta durante los primeros días, cuando todo, desde la jerga carcelaria hasta la bazofia que les daban de comer, era nuevo para él. Pese a la amargura y al terrible resquemor que le producía estar encarcelado, respiraba con alivio.

Sombra procuraba no hablar demasiado. Hacia la mitad del segundo año le contó su teoría a Low Key Lyesmith, su compañero de celda.

Low Key, un timador de Minnesota con el rostro marcado por una cicatriz, había sonreído.

—Sí, es verdad —le dijo—. Y no te digo ya si te condenan a muerte. Entonces te acuerdas de esos chistes que cuentan que algunos se quitan las botas de una patada cuando les ponen la soga al cuello, para no dar la razón a los amigos que les decían que morirían con las botas puestas.

—¿Eso es un chiste? —le preguntó Sombra.

—Claro que sí. Humor negro. No hay nada más gracioso: ¡Zas!, lo peor ha sucedido. Tardas unos días en digerirlo y, antes de que te des cuenta, te llevan de camino al patíbulo para tu último baile.

—¿Cuándo fue la última vez que ahorcaron a alguien en este estado? —preguntó Sombra.

—¿Y cómo coño voy a saberlo? —Lyesmith llevaba su cobrizo cabello cortado al rape, de modo que se podía distinguir perfectamente la estructura de su cráneo—. Pero te voy a decir una cosa: este país empezó a irse al carajo cuando dejaron de ahorcar a la gente. Se acabaron las delaciones de última hora a cambio de un buen trato.

Sombra se encogió de hombros. No veía nada romántico en una sentencia de muerte.

Si no estabas condenado a muerte, decidió, la cárcel no era más que un aplazamiento temporal de tu vida, por dos razones. La primera, que la vida se abre camino en la cárcel. Hay sitios mucho peores, por malo que sea estar encerrado; la vida continúa, aunque estés permanentemente observado o encerrado en una jaula. Y la segunda razón es que, si resistes, tarde o temprano tendrán que soltarte.

Al principio, a Sombra le parecía algo demasiado lejano como para poder agarrarse a ello. Con el tiempo, se había convertido en una especie de luz al final del túnel, y había aprendido a decirse a sí mismo «esto también pasará» cuando la cárcel se le venía encima, y la cárcel siempre se venía encima de uno. Algún día se abriría la puerta mágica y él saldría por ella. Así que empezó a tachar los días en su calendario de «Las aves cantoras de Norteamérica», que era el único calendario que se podía comprar en el economato, y el sol se ponía y volvía a salir sin que él pudiera verlo. Mientras tanto, ensayaba trucos con monedas aprendidos gracias a un libro que había encontrado en la desolada biblioteca del penal, se entrenaba y, mentalmente, iba haciendo una lista de las cosas que quería hacer cuando saliera de la cárcel.

La lista de Sombra se había ido reduciendo cada vez más. Después de dos años se había reducido a tres cosas.

En primer lugar se daría un baño, un largo y relajante baño de espuma. Quizá leyendo el periódico, quizá no; no terminaba de decidirse.

En segundo lugar, se secaría y se pondría un albornoz. Y unas pantuflas. Le gustaba lo de las pantuflas. Y de haber sido fumador, lo siguiente habría sido fumarse una pipa, pero no fumaba. Cogería a su mujer en volandas («Cachorrito —chillaría ella contenta, fingiéndose horrorizada—, ¿se puede saber qué haces?»), la llevaría hasta el dormitorio y cerraría la puerta. Y si después les entraba hambre, pedirían unas pizzas.

En tercer lugar, cuando salieran del dormitorio, quizás un par de días más tarde, intentaría pasar desapercibido y no volver a meterse en líos nunca más.

—¿Y entonces serás feliz? —le preguntó Low Key Lyesmith. Aquel día les tocaba trabajar en el taller del penal ensamblando comederos para pájaros, una tarea algo más entretenida que estampar matrículas de coche.

—De ningún hombre cabe decir que ha sido feliz —respondió Sombra— hasta que ha muerto.

—Herodoto —replicó Low Key—. Eh, chaval, estás aprendiendo.

—¿Y quién coño es Herodoto? —preguntó Iceman mientras ensamblaba los laterales de un comedero y se lo pasaba a Sombra para que los fijase con tornillos.

—Un griego muerto —dijo Sombra.

—La última novia que tuve era griega —replicó Iceman—. No os imagináis la clase de mierda que comía su familia. Arroz envuelto en hojas y porquerías por el estilo.

Iceman tenía el tamaño y la forma de una máquina de Coca-Cola, los ojos azules y el cabello tan rubio que parecía blanco. Le había dado una paliza a un tipo que había cometido el error de tirarle los trastos a su chica en el bar donde ella bailaba, y los amigos del tipo habían llamado a la policía. Fue arrestado y, al comprobar sus antecedentes, descubrieron que había abandonado un programa de reinserción dieciocho meses antes.

—¿Y qué otra cosa podía hacer? —preguntó Iceman, en tono ofendido, cuando le contó a Sombra su triste historia—. Le dije que era mi novia. ¿Qué iba a hacer? ¿Permitir que me faltara al respeto de esa manera? Ese tío le estaba metiendo mano.

Sombra respondió de forma algo absurda, con un «Y que lo digas». Había algo que había aprendido muy pronto: en la cárcel

cada cual cumple su propia condena. No puedes cumplir condena por otro.

Agacha la cabeza. Cumple tu propia condena.

Lyesmith le había prestado a Sombra un maltrecho ejemplar editado en rústica de la *Historia* de Herodoto varios meses antes.

—No es un truño. Mola —le dijo cuando Sombra intentó alegar que no leía libros—. Tú léelo, ya verás como al final te gusta.

Sombra lo aceptó con una mueca de disgusto, pero se puso a leer y se quedó enganchado sin poder evitarlo.

—Griegos —dijo Iceman, en tono despectivo—. Y ni siquiera es verdad lo que dicen de ellos. Intenté darle a mi novia por el culo y casi me arranca los ojos.

Un día, sin previo aviso, trasladaron a Lyesmith. Le dejó a Sombra su libro de Herodoto con varias monedas auténticas ocultas entre las páginas: dos de veinticinco centavos, una de cinco y un penique. Las monedas estaban prohibidas: los bordes pueden afilarse frotándolos contra la piedra y rajarle la cara a alguien durante una pelea. Pero Sombra no quería un arma, simplemente mantener las manos ocupadas en algo.

Sombra no era supersticioso, y no creía en nada que no pudiera ver. Sin embargo, en aquellas últimas semanas había presentido que el desastre se cernía sobre el penal, del mismo modo que lo había presentido en los días que precedieron al robo.

Tenía una sensación de vacío en la boca del estómago, si bien intentaba convencerse de que no era más que el temor ante la perspectiva de volver al mundo exterior. Pero no estaba seguro. Estaba más paranoico de lo habitual, y en la cárcel lo habitual es mucho, y además te permite sobrevivir. Se volvió más taciturno y circunspecto que nunca. Se encontró observando el lenguaje corporal de los guardias, de los demás reclusos, buscando una pista que le permitiera adelantarse a la tragedia que estaba a punto de ocurrir, porque algo malo iba a suceder seguro.

Faltaba un mes para que lo dejaran en libertad. Sombra estaba en un despacho, hacía fresco y tenía delante a un hombre de baja estatura que presentaba en la frente una mancha de nacimiento del color del oporto. Estaban sentados frente a frente, con el escritorio de por medio; el hombre tenía un bolígrafo en la mano y el expediente de Sombra abierto sobre la mesa. El extremo del bolígrafo estaba todo mordisqueado.

—¿Tienes frío, Sombra?

—Sí —respondió este—, un poco.

El hombre se encogió de hombros.

—Así funciona el sistema. Las calderas no se encienden hasta el día 1 de diciembre. Y se apagan el 1 de marzo. No soy yo quien dicta las normas. —Dejando a un lado las cuestiones de cortesía, deslizó el dedo índice por el folio, que estaba grapado a la carpeta por la esquina superior izquierda—. ¿Tienes treinta y dos años?

—Sí, señor.

—Pareces más joven.

—Vida sana.

—Aquí dice que has sido un recluso ejemplar.

—He aprendido la lección, señor.

—¿Ah, sí? ¿En serio?—Miró fijamente a Sombra, y su marca de nacimiento parecía ahora más cerca de los ojos.

Sombra sintió la tentación de contarle a aquel hombre algunas de sus teorías sobre la cárcel, pero finalmente guardó silencio. Se limitó a asentir con la cabeza y se concentró en aparentar el requerido arrepentimiento.

—Según el expediente, tienes esposa.

—Se llama Laura.

—¿Y cómo lo lleva?

—Bastante bien. Se puso como loca cuando me detuvieron. Pero viene a verme siempre que puede, es un viaje muy largo. Yo le escribo y la llamo por teléfono cuando puedo.

—¿A qué se dedica?

—Trabaja en una agencia de viajes. Organiza viajes por todo el mundo.

—¿Cómo la conociste?

Sombra no estaba muy seguro del porqué de aquellas preguntas. Por un momento sintió la tentación de decirle que no era asunto suyo, pero se lo pensó mejor y respondió:

—Era la mejor amiga de la mujer de mi mejor amigo. Nos organizaron una cita a ciegas. Conectamos perfectamente desde el principio.

—¿Y tendrás trabajo cuando salgas en libertad?

—Sí, señor. Mi amigo, Robbie, ese que he mencionado antes, es el dueño del Muscle Farm, el gimnasio al que yo iba. Dice que me puedo reincorporar cuando salga.

El hombre alzó una ceja.

—¿En serio?

—Dice que seré un buen gancho. Cree que si vuelvo volverán

también algunos de los antiguos clientes, y que podré ocuparme de los tipos duros que quieren ser más duros todavía.

El hombre parecía satisfecho. Mordisqueó el extremo de su bolígrafo y volvió a concentrarse en el expediente.

—¿Qué piensas ahora del delito que cometiste?

Sombra se encogió de hombros.

—Fui un idiota —dijo, y era exactamente lo que pensaba.

El hombre de la mancha de nacimiento suspiró. Marcó varios puntos de la lista que iba siguiendo. A continuación, hojeó los documentos incluidos en el expediente de Sombra.

—¿Cómo volverás a casa desde aquí? ¿En autobús?

—En avión. Es una suerte que mi mujer trabaje en una agencia de viajes.

El hombre frunció el ceño y la mancha de nacimiento se arrugó.

—¿Te ha hecho llegar un billete?

—No ha hecho falta. Me envió el número de reserva de un billete electrónico. No tengo más que ir al aeropuerto dentro de un mes, enseñarles mi documento de identidad y subirme al avión.

El hombre asintió, hizo una última anotación, cerró el expediente y dejó el bolígrafo. Sus dos pálidas manos reposaban ahora sobre el escritorio gris como dos rosados animales. Juntó las manos, apoyando el dedo índice de una mano contra el de la otra, y miró a Sombra con sus acuosos ojos de color avellana.

—Eres un hombre afortunado —le dijo—. Tienes a alguien esperándote en casa y además un trabajo. Podrás dejar atrás todo esto. Tienes una segunda oportunidad. Aprovéchala bien.

El hombre no le tendió la mano cuando se levantó para irse, pero Sombra tampoco lo esperaba.

La última semana fue la peor. En cierto modo, fue aún peor que aquellos tres años juntos. Sombra se preguntaba si sería cosa del tiempo: opresivo, estable y frío. Parecía como si estuviera a punto de estallar una tormenta, pero esta no llegaba. Estaba de los nervios, y tenía una sensación extraña en lo más profundo del estómago que le decía que algo iba muy mal. Ráfagas de viento azotaban el patio de ejercicios, y Sombra creía oler la nieve en el aire.

Llamó a su mujer a cobro revertido. Sabía que las operadoras telefónicas cargaban un suplemento adicional de tres dólares a todas las llamadas efectuadas desde la cárcel, y por eso eran siempre muy amables con los que llamaban desde allí; sabían que eran ellos quienes pagaban su sueldo.

—Tengo una sensación extraña —le comentó a Laura. (Pero no

fue eso lo primero que le dijo. Lo primero que le dijo fue «te quiero», porque está bien decirlo cuando es eso lo que sientes, y Sombra así lo sentía.)

—Hola —dijo Laura—. Yo también te quiero. ¿Una sensación extraña con respecto a qué?

—No lo sé. Puede que sea por el tiempo. Tengo la sensación de que hace falta que se desate una buena tormenta para que todo vuelva a la normalidad.

—Aquí hace bueno. Aún no han terminado de caer las hojas. Si no hay tormenta, podrás verlas cuando vuelvas a casa.

—Cinco días —dijo Sombra.

—Solo ciento veinte horas más, y estarás en casa.

—¿Todo bien por ahí? ¿Algún problema?

—Todo en orden. Esta noche he quedado con Robbie. Estamos preparándote una fiesta sorpresa de bienvenida.

—¿Una fiesta sorpresa?

—Eso es. Y tú no sabes absolutamente nada, ¿verdad que no?

—Nada de nada.

—Ese es mi marido.

Sombra se percató de que estaba sonriendo. Llevaba tres años encerrado, pero su mujer aún sabía cómo hacerle sonreír.

—Te quiero, churri —dijo Sombra.

—Te quiero, cachorrito —se despidió Laura.

Sombra colgó el teléfono.

Cuando se casaron, Laura le dijo a Sombra que quería un cachorrito, pero el casero les recordó que su contrato especificaba que no se admitían animales. «Qué más da —le dijo Sombra—, yo seré tu cachorrito. ¿Qué quieres que haga? ¿Que mordisquee tus zapatillas? ¿Que me haga pis en la cocina? ¿Que te dé un lametón en la nariz? ¿Que te olisquee la entrepierna? Te apuesto lo que quieras a que no hay nada que pueda hacer un cachorrito que yo no pueda hacer.» Y la cogió en brazos como si fuera una pluma, y se puso a lamerle la nariz mientras ella reía y chillaba, y acto seguido se la llevó a la cama.

En el comedor, Sam Fetisher se acercó sigilosamente a Sombra y le sonrió, mostrando sus viejos dientes. Se sentó a su lado y empezó a comerse los macarrones con queso.

—Tenemos que hablar —le dijo.

Sam Fetisher era uno de los hombres más negros que Sombra había visto en su vida. Lo mismo podía tener sesenta años que ochenta. No obstante, Sombra había conocido a varios adictos al

crack que con treinta años parecían todavía más viejos que Sam Fetisher.

—¿Mm?

—Se avecina una tormenta —dijo Sam.

—Eso parece —replicó Sombra—. Puede que incluso traiga algo de nieve.

—No me refiero a esa clase de tormenta. Se avecinan tormentas mucho más grandes. Y te advierto una cosa, chico: más vale que te pille aquí que ahí afuera.

—Ya he cumplido mi condena —le dijo Sombra—. El viernes estaré fuera.

Sam Fetisher miró fijamente a Sombra.

—¿De dónde eres? —le preguntó.

—De Eagle Point, Indiana.

—Eres un mentiroso de mierda —exclamó Sam—. No te estoy preguntando dónde vives. ¿De dónde son tus viejos?

—De Chicago —respondió Sombra. Su madre se había criado en Chicago y había muerto también allí, aunque hacía ya muchos años de eso.

—A lo que íbamos: se avecina una gran tormenta. Tú mantén la cabeza gacha, Sombra. Es como… ¿cómo se llaman esas cosas sobre las que se mueven los continentes? Es algo de placas.

—¿Placas tectónicas? —aventuró Sombra.

—Eso es, placas tectónicas. Es como cuando empiezan a moverse y Norteamérica se desliza sobre Sudamérica, no quieres que te pille en medio. ¿Me sigues?

—Ni de lejos.

Uno de los castaños ojos de Sam se fue cerrando lentamente en una suerte de guiño.

—Pues luego no digas que no te avisé —dijo Sam Fetisher, introduciéndose en la boca una trémula porción de gelatina de color naranja.

Sombra durmió aquella noche con un ojo abierto, despertándose cada dos por tres, y oyó roncar a su nuevo compañero de celda, que dormía en la litera de abajo. Unas cuantas celdas más allá, un hombre gemía y gritaba y sollozaba como un animal, y de vez en cuando alguien le gritaba que se callara de una puta vez. Sombra intentaba no oírles. Se limitó a ver pasar los minutos, que transcurrían con solitaria lentitud.

Faltaban dos días. Cuarenta y ocho horas que empezaron con unos copos de avena, café de la cárcel y un guarda llamado Wilson

que le tocó el hombro con más brusquedad de la estrictamente necesaria y le dijo:

—¿Sombra? Ven conmigo.

Sombra hizo examen de conciencia: la tenía tranquila, aunque eso, en la cárcel, como ya había tenido ocasión de comprobar, no le eximía de verse metido en un lío de mil pares de narices.

Fueron caminando más o menos a la par, y sus pisadas resonaron entre el cemento del suelo y el metal de las rejas.

Sombra notaba el regusto del miedo en la parte de atrás de la garganta, amargo como el café reposado. Su aciago presentimiento estaba a punto de hacerse realidad…

Una voz dentro de su cabeza le susurraba que le iban a endilgar otro año más de condena, que lo iban a meter en una celda de aislamiento, que le iban a cortar las manos y hasta la cabeza. Trató de convencerse de que era una estupidez, pero su corazón latía como si quisiera salirse del pecho.

—No te entiendo, Sombra —le dijo Wilson por el camino.

—¿Qué es lo que no entiende, señor?

—A ti. Eres demasiado silencioso. Demasiado educado. Te comportas como si fueras un viejo, pero ¿cuántos años tienes? ¿Veinticinco? ¿Veintiocho?

—Treinta y dos, señor.

—¿Y qué eres? ¿Hispano? ¿Gitano?

—No que yo sepa, señor. Pero es posible.

—A lo mejor tienes sangre de negro. ¿Tienes sangre negra, Sombra?

—Podría ser, señor. —Sombra iba con la espalda bien erguida y mirando al frente, tratando de no caer en las provocaciones del guardia.

—¿De verdad? En fin, el caso es que me pones los pelos de punta. —Wilson tenía el cabello rubio tirando a rojizo, y una cara rubia tirando a rojiza, y una sonrisa rubia tirando a rojiza—. ¿Nos dejarás pronto?

—Eso espero, señor.

—Volverás. Puedo verlo en tus ojos. No tienes remedio, Sombra. Si de mí dependiera, ninguno de vosotros saldría nunca de aquí. Os echaríamos al hoyo y nos olvidaríamos de vosotros para siempre.

«Mazmorras», pensó Sombra, pero no dijo nada. Era una cuestión de supervivencia: nunca contestaba, ni tenía nada que opinar sobre la seguridad en el trabajo de los funcionarios de prisiones, ni entraba en debates sobre la naturaleza del arrepentimiento, la reinserción

o las cifras de reincidencia. Nunca hacía comentarios graciosos o ingeniosos, y para no correr riesgos, cuando estaba en compañía de un funcionario procuraba no decir nada en absoluto. «Limítate a responder cuando te pregunten. Cumple tu condena. Sal de aquí. Vuelve a casa. Date un buen baño caliente. Dile a Laura que la quieres. Recupera tu vida.»

Pasaron por varios puntos de control, y en cada uno de ellos, Wilson mostraba su identificación. Subieron unas escaleras y se encontraron frente a la puerta del despacho del alcaide. Sombra no había estado allí antes, pero sabía dónde estaba. En la puerta, en letras negras, se podía leer el nombre del alcaide, «G. PATTERSON», y junto a ella había un semáforo en miniatura.

El semáforo estaba en rojo, y Wilson pulsó un botón situado justo debajo.

Esperaron en silencio durante un par de minutos. Sombra intentaba convencerse de que todo iba bien, de que el viernes por la mañana estaría en un avión con destino a Eagle Point, pero no se lo creía.

La luz roja se apagó y se encendió la verde. Wilson abrió la puerta y entraron.

Sombra no había podido ver al alcaide más que unas cuantas veces durante su estancia en el penal. En una ocasión iba acompañando a un político que vino de visita; Sombra no pudo reconocerle. Otra vez fue durante un encierro; el director les habló en grupos de a cien, y les dijo que el número de reclusos excedía la capacidad del penal, y como aquello no tenía remedio, lo mejor sería que se fuesen acostumbrando.

De cerca, Patterson tenía una pinta todavía peor. Su rostro era alargado y llevaba el cabello gris cortado a cepillo, al estilo militar. Olía a Old Spice. Tenía detrás una estantería, y en todos los títulos de los libros que contenía figuraba la palabra «cárcel». Su escritorio estaba impoluto y vacío, salvo por el teléfono y un calendario con las tiras cómicas de *The Far Side*. Llevaba un audífono en la oreja derecha.

—Siéntese, por favor.

Sombra se sentó frente al escritorio, reparando en la inusual cortesía del trato, y Wilson se quedó de pie justo detrás de él.

El alcaide abrió un cajón del escritorio, sacó una carpeta y la dejó sobre la mesa.

—Aquí dice que le condenaron a seis años por agresión con agravantes y lesiones. Ya ha cumplido usted tres. Su puesta en libertad estaba prevista para el viernes.

«¿Estaba?» Sombra sintió que el estómago le daba un vuelco. Se preguntaba cuántos años más tendría que cumplir. ¿Uno? ¿Dos? ¿Los tres? Solo acertó a responder:

—Sí, señor.

El alcaide se humedeció los labios.

—¿Cómo dice?

—He dicho: Sí, señor.

—Sombra, lo vamos a poner en libertad esta misma tarde. Saldrá usted un par de días antes de lo previsto. —El alcaide pronunció estas palabras sin ningún entusiasmo, como si estuviera dictando una sentencia de muerte. Sombra asintió y esperó a que cayera la guillotina. El alcaide miró el papel que tenía sobre el escritorio—. Ha llegado esto del Johnson Memorial Hospital de Eagle Point… Su mujer… falleció esta misma madrugada a consecuencia de un accidente de tráfico. Lo siento.

Sombra asintió de nuevo.

Wilson lo acompañó de vuelta a su celda, esta vez en silencio. Abrió la puerta y se apartó para dejarle entrar. Entonces comentó:

—Es como uno de esos chistes que empiezan con: «tengo una noticia buena y otra mala», ¿no? La buena es que te vamos a poner en libertad antes de tiempo, la mala es que tu mujer ha muerto.

Y se echó a reír como si fuera un chiste de verdad.

Sombra no abrió la boca.

Aturdido, recogió sus cosas, aunque buena parte de ellas las regaló. Dejó el libro de Herodoto de Low Key, el libro con el que había aprendido a hacer trucos con monedas y, no sin cierto remordimiento, también los discos lisos de metal que había sacado de estranjis del taller y que le habían hecho las veces de monedas hasta que encontró las que Low Key le había dejado entre las páginas del libro. Fuera tendría monedas de sobra, monedas de verdad. Se afeitó. Se puso su ropa de calle. Fue cruzando puertas una tras otra, consciente de que nunca volvería a entrar por ellas, sintiéndose vacío por dentro.

El cielo gris lanzaba ráfagas de lluvia, una lluvia gélida. Diminutos cristales de hielo azotaban su rostro, y la lluvia empapaba la fina tela de su abrigo mientras dejaban atrás el edificio del penal y se dirigían hacia lo que antes fue un autobús escolar, que los llevaría hasta la ciudad más próxima.

Cuando llegaron al autobús estaban empapados. Salían ocho,

pensó Sombra. Aún quedaban dentro mil quinientos. Una vez sentado en el interior, no dejó de temblar hasta que empezó a funcionar la calefacción, mientras se preguntaba qué estaba haciendo, adónde podía ir ahora.

Se le vinieron a la mente imágenes fantasmales, sin más. En su imaginación estaba saliendo de otra cárcel, hace mucho tiempo.

Había estado encarcelado en una habitación abuhardillada y sin luz durante demasiado tiempo: tenía la barba larga y descuidada y el cabello enmarañado. Los guardas lo habían conducido por unas escaleras de piedra gris hasta una plaza llena de cosas de vivos colores donde había gente y objetos. Era día de mercado y estaba deslumbrado por el ruido y el color; entornaba los ojos para protegerse del radiante sol que inundaba la plaza, oliendo el aire salado y húmedo y todas las cosas buenas del mercado, y a su izquierda el sol brillaba desde el agua…

El autobús se detuvo dando sacudidas al llegar a un semáforo en rojo.

El viento aullaba en torno al vehículo. Los limpiaparabrisas se deslizaban trabajosamente sobre la luna del parabrisas, emborronando el paisaje urbano hasta convertirlo en un amasijo de neones rojos y amarillos. Eran las primeras horas de la tarde, pero al mirar por los cristales parecía casi de noche.

—¡Joder! —exclamó el hombre que iba sentado detrás de Sombra mientras limpiaba el vaho de la ventana con la mano y miraba a una persona que corría por la acera—. Hay chochitos ahí fuera.

Sombra tragó saliva. Acababa de darse cuenta de que aún no había llorado; de hecho, no sentía nada en absoluto. Ni lágrimas. Ni pena. Nada.

Se puso a pensar en un tipo llamado Johnnie Larch con el que había compartido celda nada más entrar en la cárcel. Este le contó que una vez, tras pasarse cinco años entre rejas, salió con cien dólares en los bolsillos y un billete para Seattle, donde vivía su hermana. Llegó al aeropuerto y le dio el billete a la mujer del mostrador, que le pidió su permiso de conducir. Él se lo enseñó: había caducado un par de años antes. Ella le dijo que el documento no era válido. Larch le respondió que quizá no era válido como carné de conducir, pero que era más que suficiente a efectos de identificación y que quién coño creía que era si no era él. La mujer le dijo que le agradecería que bajara la voz. Él le dijo que le diera una puta tarjeta de embarque o que se arrepentiría, y que no iba a tolerar que le faltaran al respeto. En la cárcel no puedes tolerar que nadie te falte al respeto. Entonces la

mujer pulsó un botón y en apenas unos instantes apareció el personal de seguridad del aeropuerto, que intentó convencerlo de que saliera de allí sin armar jaleo, pero a él no le dio la gana de irse, así que se produjo un pequeño altercado.

En resumidas cuentas, Johnnie Larch no consiguió volar a Seattle, y se pasó un par de días por los bares de la ciudad y, una vez gastados los cien dólares que tenía, atracó una gasolinera con una pistola de juguete para obtener más dinero y poder seguir bebiendo, pero finalmente la policía lo detuvo por mear en la vía pública. No tardó en volver a la cárcel para cumplir el resto de su condena, más algún tiempo de propina por el atraco de la gasolinera.

La moraleja de la historia, según Johnnie Larch, era esta: no te busques líos con la gente que trabaja en los aeropuertos.

—¿Y no crees que la moraleja debería ser algo como: «Hay ciertas actitudes que funcionan en un determinado entorno, como puede ser una cárcel, pero que no sirven de nada e incluso pueden resultar contraproducentes fuera de ese entorno en particular»? —preguntó Sombra cuando Johnnie Larch le contó la historia.

—No, tú hazme caso, te lo digo en serio, tío —dijo Johnnie Larch—: no te metas con esas zorras de los aeropuertos.

Sombra esbozó una sonrisa al recordarlo. Su permiso de conducir no caducaba hasta dentro de unos meses.

—¡Estación de autobuses! ¡Todo el mundo abajo!

La estación olía a pis y a cerveza caducada. Sombra se subió a un taxi y le pidió al conductor que lo llevara al aeropuerto. Le ofreció cinco dólares de propina si le ahorraba la conversación. Tardaron veinte minutos en llegar y el taxista no dijo ni una palabra en todo el trayecto.

Sombra avanzó a trompicones por la bien iluminada terminal. Le preocupaba toda esa historia de los billetes electrónicos. Sabía que tenía reservada plaza en un vuelo que salía el viernes, pero no sabía si le serviría para ese día. Para Sombra, todo lo relacionado con la electrónica era pura magia y, por tanto, podía evaporarse en cualquier momento.

No obstante, llevaba encima su cartera, por primera vez en tres años, y tenía varias tarjetas de crédito caducadas y una Visa que, según descubrió con no poco alivio, no caducaba hasta finales de enero. Tenía un número de reserva. En ese momento se dio cuenta de que, una vez en su casa, de algún modo las cosas volverían a estar en su sitio. Laura volvería a estar bien. A lo mejor solo era una artimaña que se habían inventado para que pudiera salir unos días antes. O

quizá se trataba de un simple malentendido y habían sacado el cuerpo de otra Laura Moon de entre los restos del coche accidentado.

Tras las paredes de cristal del aeropuerto se veía el centelleo intermitente del relámpago. Sombra se percató de que estaba conteniendo la respiración, como si esperara algo. Oyó el estallido de un trueno lejano. Soltó el aire.

Una mujer blanca de aspecto fatigado lo miraba desde el otro lado del mostrador.

—Hola —dijo Sombra. «Eres la primera desconocida de carne y hueso con la que hablo en tres años»—. Tengo un número de un billete electrónico. La reserva es para el viernes, pero debo salir hoy. Ha muerto un familiar.

—Mm. Lo siento mucho. —Tecleó algo en el ordenador, miró la pantalla y volvió a teclear—. No hay ningún problema. Le he puesto en el vuelo de las tres y media. Es posible que lleve retraso, por la tormenta, así que no pierda de vista los paneles. ¿Desea facturar algo?

Levantó una mochila.

—No es necesario que facture esto, ¿verdad?

—No —respondió ella—. Puede llevarlo como equipaje de mano. ¿Tiene algún documento de identidad con fotografía?

Sombra le mostró su permiso de conducir. Después le aseguró que nadie le había dado una bomba para que la introdujera en el avión y, a cambio, la mujer le entregó una tarjeta de embarque. A continuación pasó por el detector de metales mientras su mochila pasaba por el aparato de rayos X.

No era un aeropuerto grande, pero le sorprendió la cantidad de gente que deambulaba —simplemente deambulaba— por allí. Observó que dejaban las bolsas en el suelo como si nada, observó cómo se metían las carteras en los bolsillos traseros, vio cómo dejaban los bolsos debajo de la silla sin vigilancia. Fue entonces cuando se dio cuenta de que ya no estaba en la cárcel.

Faltaban todavía treinta minutos para embarcar. Sombra compró una porción de pizza y el queso fundido le quemó los labios. Cogió la vuelta y se dirigió hacia las cabinas de teléfono. Llamó a Robbie al Muscle Farm, pero le saltó el contestador.

—Eh, Robbie —dijo Sombra—. Me dicen que Laura ha muerto. Me han soltado antes de lo previsto. Vuelvo a casa.

Entonces, como la gente comete errores, según había podido comprobar en más de una ocasión, llamó a su casa y escuchó la voz de Laura.

—Hola —dijo—. No estoy en casa o no puedo contestar el teléfono. Deja el mensaje y te llamaré en cuanto pueda. Que pases un buen día.

Sombra no tuvo valor para dejar un mensaje.

Se sentó en una silla de plástico al lado de la puerta de embarque, y agarró su bolso con tal fuerza que se hizo daño en la mano.

Se puso a pensar en la primera vez que vio a Laura. Entonces aún no sabía ni cómo se llamaba. Era la amiga de Audrey Burton. Estaba con Robbie en Chi-Chi's hablando de algo, probablemente de una de las entrenadoras que acababa de anunciarles que iba a abrir su propio estudio de danza, cuando entró Laura un par de pasos por detrás de Audrey y él se quedó mirándola embelesado. Tenía el cabello largo, de color castaño, y unos ojos tan azules que Sombra pensó que llevaba lentillas de color. Había pedido un daiquiri de fresa, insistió en que Sombra lo probara y se rio alegremente cuando lo hizo.

A Laura le encantaba que la gente probara lo que ella tomaba.

Aquella noche, Sombra se despidió de ella con un beso de buenas noches; sus labios sabían a daiquiri de fresa, y desde ese momento no había querido besar a otra persona.

Una mujer anunció el embarque para su vuelo y la fila de Sombra fue la primera en subir a bordo. Se sentó al final del todo, junto a un asiento vacío. La lluvia repiqueteaba en el lateral del avión. Sombra imaginó a un grupo de niños pequeños que tiraban guisantes secos a puñados desde el cielo.

Se quedó dormido mientras el avión despegaba.

Se encontraba en un lugar oscuro, y la cosa que lo miraba llevaba una cabeza de búfalo peluda y pestilente, con unos ojos enormes y acuosos. Tenía cuerpo de hombre, cubierto de aceite y brillante.

—Se avecinan cambios —dijo el búfalo sin mover los labios—. Será necesario tomar ciertas decisiones.

La luz de una hoguera titilaba en las paredes húmedas de la cueva.

—¿Dónde estoy? —preguntó Sombra.

—En la tierra y debajo de la tierra —dijo el hombre búfalo—. Te encuentras en el lugar donde esperan los olvidados.

Sus ojos eran líquidas canicas negras y su voz atronaba desde el mismo inframundo. Olía como una vaca mojada.

—Cree —dijo la atronadora voz—. Para sobrevivir debes creer.

—¿Creer qué? —preguntó Sombra—. ¿Qué es lo que debo creer?

El hombre búfalo tenía la vista clavada en Sombra y se irguió

hasta hacerse inmenso, con los ojos en llamas. Abrió su babeante boca de búfalo, roja por dentro a causa del fuego que ardía en su interior, bajo la tierra.

—Todo —bramó el hombre búfalo.

El mundo se inclinó y giró y Sombra se encontró de nuevo en el avión; pero seguía estando inclinado. En la parte delantera de la cabina había una mujer que gritaba, con cierta desgana.

Los rayos estallaban en cegadores relámpagos en torno al avión. El capitán habló por el altavoz para comunicarles que procedía a ganar altitud para salir de la tormenta.

El avión dio una sacudida y Sombra se preguntó, fríamente y sin mayor preocupación, si iba a morir. Parecía posible, decidió, pero poco probable. Miró por la ventanilla y contempló el horizonte iluminado por los relámpagos.

Entonces volvió a quedarse traspuesto y soñó que estaba de nuevo en la cárcel, y que Low Key le susurraba mientras hacían cola en la cantina que alguien le había puesto precio a su vida, pero Sombra no tenía forma de saber ni quién ni por qué. Cuando se despertó, el aparato había iniciado el descenso y se disponía a aterrizar.

Bajó del avión todavía adormilado, parpadeando para terminar de espabilarse.

Hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que todos los aeropuertos eran poco más o menos iguales. Da igual dónde estés, es un aeropuerto: baldosas, pasillos y lavabos, puertas de embarque, quioscos de prensa y lámparas fluorescentes. Aquel aeropuerto parecía un aeropuerto. El problema era que no se trataba del aeropuerto al que se dirigía. Este era grande, demasiado populoso y con demasiadas puertas.

La gente tenía ese aspecto abatido y esa mirada vidriosa que solo se ve en las cárceles o en los aeropuertos.

—Disculpe, señora.

La mujer lo miró por encima de su carpeta.

—¿Sí?

—¿Qué aeropuerto es este?

Ella lo miró, desconcertada, mientras intentaba decidir si estaba de broma o no, y respondió:

—Saint Louis.

—Pensaba que este avión iba a Eagle Point.

—Así es, pero lo han desviado aquí a causa de la tormenta. ¿No lo anunciaron por el altavoz?

—Seguramente. Me he quedado dormido.

—Tendrá que hablar con aquel hombre de ahí, el de la chaqueta roja.

El hombre era casi tan alto como Sombra: parecía el padre de una de aquellas comedias televisivas de los años setenta. Tecleó algo en el ordenador y le dijo a Sombra que fuera corriendo —«¡Corra!»— a la puerta que había al otro lado de la terminal.

Sombra atravesó el aeropuerto a la carrera, pero las puertas ya estaban cerradas cuando llegó. A través del cristal vio que el avión se alejaba por la pista. Entonces se dirigió a la azafata de la puerta y le explicó su problema (con mucha calma y con mucha educación), y la mujer le dijo que preguntara en el mostrador de información, donde Sombra volvió a explicar que regresaba a su casa después de una larga ausencia y que su mujer acababa de morir en un accidente de tráfico, y que era de vital importancia que pudiera coger un avión ya mismo. No dijo nada sobre su estancia en la cárcel.

La mujer del mostrador (bajita y castaña, con un lunar en un lado de la nariz) habló con otra mujer, llamó por teléfono («No, ese no, lo acaban de cancelar.») y le imprimió otra tarjeta de embarque.

—Esta le servirá —le dijo—. Llamaremos a la puerta de embarque para avisarles de que va hacia allí.

Sombra se sentía como si fuera una bolita de trilero pasando de cubilete en cubilete, o como una carta que estuvieran barajando. Echó a correr de nuevo y acabó cerca de donde había desembarcado al principio.

El hombre bajito que custodiaba la puerta le cogió la tarjeta de embarque.

—Le estábamos esperando —le susurró, arrancando la pestaña de la tarjeta, donde figuraba el número de su asiento, el 17D. Sombra se apresuró a subir al avión, y la puerta se cerró justo detrás de él.

Atravesó el pasillo de los asientos de primera clase; solo había cuatro, y tres de ellos estaban ocupados. Un hombre con barba y traje claro que estaba sentado junto al asiento vacío en primera fila sonrió ampliamente a Sombra cuando este subió al avión y luego, cuando pasó a su lado, alzó la muñeca y se dio unos golpecitos en el reloj.

«Sí, sí, se ha retrasado por culpa mía —pensó Sombra—. Ojalá sea esta su mayor preocupación.»

Mientras avanzaba hacia el fondo, le dio la impresión de que el avión iba bastante lleno. De hecho, Sombra no tardó en descubrir

que iba completo y que una mujer de mediana edad ocupaba el asiento 17D. Sombra le mostró su tarjeta de embarque y ella sacó la suya: tenían el mismo número.

—¿Podría sentarse, por favor? —le preguntó la azafata.

—No —respondió él—, me temo que no. Esta señora está sentada en mi asiento.

La chica chasqueó la lengua y comprobó las tarjetas de embarque, luego hizo que Sombra la acompañara hasta la parte delantera del avión y le señaló el asiento vacío de primera clase.

—Parece que es su día de suerte —le dijo.

Sombra se sentó.

—¿Quiere que le traiga algo de beber? Hay tiempo antes de que despeguemos. Estoy segura de que lo necesita después de esto.

—Una cerveza, por favor —dijo Sombra—. Me da igual la marca.

La azafata se fue.

El hombre del traje claro que estaba sentado a su lado estiró el brazo y golpeó con la uña en el reloj. Era un Rolex negro.

—Llega usted tarde —le dijo, con una amplia sonrisa exenta de toda calidez.

—¿Perdón?

—He dicho que llega usted tarde.

La azafata le trajo un vaso de cerveza y Sombra dio un trago. Por un segundo pensó que el hombre estaba loco, pero luego decidió que debía de referirse al avión, que había tenido que esperar al último pasajero.

—Siento haberles hecho esperar —respondió con cortesía—. ¿Tiene usted prisa?

El avión comenzó a alejarse de la puerta. La azafata regresó para llevarse los vasos y cogió el de Sombra. El hombre del traje claro le sonrió y dijo:

—Tranquila, lo sujetaré con fuerza. —La mujer le permitió quedarse con su vaso de Jack Daniel's, no sin antes recordarle que aquello iba en contra de las normas de la aerolínea. («Deje que sea yo quien juzgue eso, querida.»)

—El tiempo es de vital importancia, sin duda —dijo el hombre—. Pero no, no tengo ninguna prisa. Únicamente me preocupaba que pudiera usted perder el avión.

—Muy amable por su parte.

El avión seguía en la pista, con los motores en marcha, impaciente por despegar.

—Qué coño amable —le espetó el hombre—. Tengo un trabajo para ti, Sombra.

Los motores rugieron. El avión dio una sacudida e inició el despegue, empujando la espalda de Sombra contra el asiento. Ya estaban en el aire y empezaban a dejar atrás las luces del aeropuerto. Sombra miró al hombre que iba sentado a su lado.

Su cabello era de color gris rojizo; su barba de tres días, de color rojo grisáceo. No era tan grande como Sombra, pero parecía ocupar una barbaridad de espacio. Tenía el rostro cuadrado, la piel arrugada y los ojos de un gris pálido. Llevaba un traje que parecía caro del color de un helado de vainilla derretido, y una corbata de seda gris marengo con una aguja en forma de árbol labrada en plata: podían apreciarse el tronco, las ramas y unas profundas raíces.

El hombre sujetó su vaso de Jack Daniel's mientras despegaban y no derramó ni una gota.

—¿No piensa preguntarme de qué tipo de trabajo se trata? —inquirió.

—¿Cómo sabe usted quién soy?

El hombre se echó a reír.

—Ah, saber cómo se llama alguien es la cosa más fácil del mundo. Solo hay que pensar un poco, tener un poco de suerte y un poco de memoria. Pregúnteme qué tipo de trabajo le estoy ofreciendo.

—No —dijo Sombra. La azafata le trajo otro vaso de cerveza y él le dio un sorbo.

—¿Por qué no?

—Me voy a casa. Tengo un trabajo esperándome allí y no quiero otro.

La arrugada sonrisa del hombre no se alteró, aparentemente, pero ahora parecía divertido.

—No te espera ningún trabajo en casa —dijo—. No hay nada esperándote. Sin embargo, yo te estoy ofreciendo un empleo perfectamente legal, un buen sueldo, cierta seguridad y sustanciosos bonus. Qué demonios, si vives lo suficiente incluso podría añadir un plan de pensiones. ¿No te gustaría tener uno?

—Puede que haya visto mi nombre en el lateral de la bolsa —dijo Sombra.

El hombre se quedó callado.

—No sé quién es usted —prosiguió Sombra—, pero es imposible que supiera que iba a subir a este avión. Ni siquiera yo sabía que iba a volar en este aparato y, de hecho, no estaría aquí si no hubiesen

desviado mi avión a Saint Louis. Supongo que es usted un bromista. O quizás está intentando timarme. En cualquier caso, creo que lo mejor será que dejemos la conversación en este punto.

El hombre se encogió de hombros.

Sombra cogió la revista de la aerolínea. El avión no paraba de dar sacudidas, lo que hacía que resultara difícil concentrarse. Las palabras flotaban por su cabeza como pompas de jabón; estaban ahí cuando las leía, pero desaparecían casi al instante.

El hombre seguía a su lado, en silencio, disfrutando de su Jack Daniel's con los ojos cerrados.

Sombra leyó la lista de canales de música de que disponía el avión en los vuelos transatlánticos y, a continuación, miró el mapa del mundo que mostraba en líneas rojas las rutas de la compañía. Acabó de leer la revista, la cerró con resignación y la volvió a guardar en el bolsillo de la pared.

El hombre abrió los ojos, y Sombra pensó que había algo raro en ellos. Uno era de un gris más oscuro que el otro. Lo miró.

—A propósito, lo sentí mucho cuando me enteré de lo de tu esposa, Sombra. Una gran pérdida.

Por un momento Sombra quiso pegarle, pero en vez de eso respiró hondo. («No te metas con esas zorras de los aeropuertos —oyó que le decía Johnnie Larch en su cabeza— o acabarás de nuevo con tu culo aquí antes de que te des cuenta.») Contó hasta cinco.

—Yo también —respondió.

El hombre meneó la cabeza.

—Ojalá hubiese podido ser de otra manera —dijo, y suspiró.

—Murió en un accidente de tráfico. Fue una muerte rápida. Las hay peores.

El hombre meneó lentamente la cabeza. Por un momento, a Sombra le pareció como si aquel tipo fuera incorpóreo; como si de repente el avión se hubiese vuelto más real mientras su vecino sufría un proceso inverso.

—Sombra —dijo—, no es ninguna broma. No hay truco. Puedo pagarte más de lo que te pagarían en cualquier otro trabajo. Eres un exconvicto. La gente no hará cola ni se peleará por contratarte.

—Señor Quien Cojones Sea —exclamó Sombra en un tono lo suficientemente alto como para que se le oyera por encima del ruido de los motores—, no hay dinero suficiente en el mundo…

La sonrisa del hombre se hizo más amplia. A Sombra le recordó un documental sobre chimpancés que había visto en el canal público PBS cuando era un adolescente. El locutor había explicado que la

sonrisa de un simio o un chimpancé no es tal, sino que simplemente muestra los dientes para indicar odio, agresividad o terror. Cuando un chimpancé sonríe, debes entenderlo como una amenaza. Aquella sonrisa parecía indicar eso mismo.

—Pues claro que hay dinero suficiente. Y pluses también. Trabaja para mí y te contaré cosas. Puede que corras ciertos riesgos, por supuesto, pero si sobrevives podrás pedir cualquier cosa que desees. Podrías ser el próximo rey de América. ¿Quién más te va a pagar así de bien, eh?

—¿Quién es usted? —preguntó Sombra.

—Ah, sí. Estamos en la era de la información, aunque todas lo son. Señorita, ¿podría traerme otro Jack Daniel's? Pero no le ponga mucho hielo. Información y conocimiento: dos monedas que nunca pasan de moda.

—Le he preguntado quién es usted.

—Bueno, en fin, como está claro que hoy es mi día… ¿Por qué no me llamas Wednesday? Señor Wednesday. Aunque, con este tiempo, bien podría ser Thursday,[2] ¿eh?

—¿Cuál es su nombre real?

—Si trabajas para mí el tiempo suficiente y lo haces como es debido —dijo el hombre del traje claro—, hasta es posible que te lo revele. Lo dicho: te ofrezco un trabajo. Piénsatelo. Tampoco espero que la aceptes de inmediato, sin saber siquiera si te estás metiendo en un tanque lleno de pirañas o en un foso lleno de osos. Tómate tu tiempo. —Wednesday cerró los ojos y se recostó en su asiento.

—No me convence —dijo Sombra—. No me cae bien. No quiero trabajar con usted.

—Como te decía —dijo el hombre sin abrir los ojos—, no te precipites. Tómate tu tiempo.

El avión tomó tierra bruscamente y se bajaron unos cuantos pasajeros. Sombra miró por la ventanilla: era un aeropuerto pequeño en mitad de la nada y aún tenían que pasar por dos aeropuertos más antes de llegar a Eagle Point. Miró al hombre del traje claro, ¿el señor Wednesday? Parecía dormido.

2. Si bien en español el nombre del tercer día de la semana, miércoles, deriva del nombre del dios latino Mercurio (*Mercurii Dies*), su forma inglesa (Wednesday) deriva del nombre del dios nórdico Odín (*Wōdnesdæg*). Por otro lado, *Thursday* (jueves) es el día de Tor, dios del trueno. *(N. de la T.)*

Sombra se levantó del asiento, cogió su bolsa y salió del avión. Bajó por las escaleras a la pista mojada y resbaladiza y, sin prisa pero sin pausa, caminó hacia las luces de la terminal. Una fina lluvia le salpicaba la cara.

Antes de entrar en el edificio del aeropuerto se detuvo, se volvió y miró. Nadie más había bajado tras él. El personal de tierra retiró la escalerilla, cerraron la puerta y el avión comenzó a rodar por la pista. Sombra se quedó contemplando el despegue y, a continuación, entró en la terminal y fue hacia el mostrador de la compañía Budget, el único abierto, para alquilar un coche que, según descubrió al llegar al aparcamiento, era en este caso un pequeño Toyota rojo.

Sombra desdobló el mapa que le habían proporcionado y lo dejó abierto sobre el asiento del acompañante. Eagle Point estaba a unos doscientos cincuenta kilómetros, y la mayor parte del trayecto era autopista.

Si las tormentas habían llegado hasta allí, ya habían pasado. El tiempo era frío y despejado. Unas nubes pasaban por delante de la luna y, por un momento, Sombra no supo con certeza si eran las nubes o la luna lo que se movía.

Condujo hacia el norte durante una hora y media.

Se hacía tarde. Tenía hambre y, cuando se dio cuenta de lo famélico que estaba, cogió la primera salida y entró en el pueblo de Nottamun (1 301 habitantes). Llenó el depósito en la gasolinera de Amoco y le preguntó a la cajera, que parecía aburrida, cuál era el mejor bar de la zona; un sitio donde pudiera comer algo.

—El Jack's Crocodile Bar —le respondió—. Coja la carretera norte del condado en dirección oeste.

—¿El Crocodile Bar?

—Sí. Jack dice que los cocodrilos le dan carácter al local. —Le dibujó un mapa en la parte de atrás de un folleto de color malva que promocionaba una barbacoa benéfica de pollo para reunir fondos para una chica que necesitaba un riñón—. Tiene un par de cocodrilos, una serpiente y un lagarto de esos grandes.

—¿Una iguana?

—Exacto.

Atravesó el pueblo, cruzó por un puente, siguió de frente un par de millas y se detuvo al llegar a un edificio bajo de forma rectangular con un anuncio luminoso de cerveza Pabst y una máquina de Coca-Cola en la puerta.

El aparcamiento estaba medio vacío. Sombra aparcó el Toyota rojo y se bajó del coche.

En el interior, la atmósfera estaba cargada de humo y en la máquina de discos sonaba *Walking After Midnight.* Sombra echó un vistazo a su alrededor buscando los famosos cocodrilos, pero no vio ninguno. Se preguntó si la mujer de la gasolinera había querido tomarle el pelo.

—¿Qué va a ser? —preguntó el camarero.

—¿Es usted Jack?

—Jack tiene la noche libre. Yo soy Paul.

—Hola, Paul. Cerveza de la casa y una hamburguesa completa. Pero sin patatas fritas.

—¿Un bol de chile para picar? Es el mejor chile del estado.

—Suena bien —respondió Sombra—. ¿Dónde están los servicios?

El hombre señaló una puerta en un rincón del bar que estaba decorada con la cabeza disecada de un cocodrilo. Sombra entró.

El baño estaba limpio y bien iluminado. Echó un vistazo alrededor, por la fuerza de la costumbre («Recuerda, Sombra, no puedes defenderte cuando estás meando», pensó, recordando el consejo que le había dado Low Key con su característico tono monocorde), y se fue hacia el urinario de la izquierda. A continuación, se bajó la cremallera y, después de una larga meada, se quedó más tranquilo y aliviado. Desvió la mirada hacia un viejo recorte de prensa con una foto de Jack y dos caimanes.

Oyó un educado carraspeo que provenía del urinario situado a su derecha, aunque no había oído entrar a nadie.

El hombre del traje claro era más grande de pie de lo que le había parecido cuando lo vio sentado en el avión. Era casi tan alto como Sombra, y eso que él lo era mucho. Miraba fijamente al frente. Terminó de mear, se sacudió las últimas gotas y se subió la cremallera.

El hombre le sonrió, como un zorro comiendo carroña de una valla de alambre de espinas.

—¿Y bien? —dijo el señor Wednesday—. Ya has tenido tiempo para pensar, Sombra. ¿Quieres el trabajo?

En algún lugar de Estados Unidos

Los Ángeles, 23:26

En una habitación de color rojo oscuro —las paredes de un tono casi idéntico al del hígado crudo—, hay una mujer alta vestida al estilo de los dibujos animados, con pantalones cortos de seda excesivamente ajustados y una blusa amarilla anudada bajo sus exuberantes pechos. Lleva su negro cabello recogido en un moño en lo alto de la coronilla. A su lado hay un hombre de baja estatura ataviado con una camiseta de color verde oliva y unos caros vaqueros azules. En su mano derecha porta una cartera y un móvil de Nokia con la carcasa roja, blanca y azul.

En la habitación roja hay una cama con sábanas de satén blanco y una colcha de color rojo sangre. A los pies de la cama, una mesita de madera con una estatuilla de piedra que representa a una mujer de enormes caderas y un candelero.

La mujer le da al hombre una pequeña vela roja.

—Toma —le dice—. Enciéndela.

—¿Yo?

—Sí, si quieres poseerme.

—Debería haberte pedido que me la chuparas en el coche.

—Tal vez. ¿No me deseas? —dice la mujer, acariciándose el cuerpo con una mano, desde el muslo a los pechos, como si estuviera presentando un nuevo producto.

Unos pañuelos de seda roja sobre la lámpara situada en el rincón de la estancia tiñen de rojo la luz.

El hombre la mira con deseo, coge la vela y la pone en el candelero.

—¿Tienes fuego?

La mujer le pasa una caja de cerillas. El hombre arranca una y enciende la vela, que titila un poco antes de prenderse, creando una ilusión de movimiento en la figura sin rostro situada junto a ella, todo caderas y pechos.

—Deja el dinero bajo la estatuilla.

—Cincuenta pavos.

—Sí.

—Cuando te vi en Sunset me pareciste un hombre.

—Pero tengo esto —respondió ella, desanudándose la blusa amarilla y dejando sus pechos al descubierto.

—Como muchos tíos, últimamente.

La mujer se estira y sonríe.

—Sí. Venga, ámame.

El hombre se desabrocha los vaqueros azules y se quita la camiseta verde oliva. Ella le masajea los blancos hombros con sus dedos morenos; a continuación, le da la vuelta y empieza a excitarlo con las manos, los dedos y la lengua.

El hombre tiene la sensación de que las luces de la habitación roja se han atenuado y que la única luz que hay en la estancia proviene ahora de la vela, que arde con una llama resplandeciente.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta a la mujer.

—Bilquis —responde ella, alzando la cabeza—. Con «q».

—¿Con qué?

—Da igual.

Él empieza a jadear.

—Déjame que te folle —dice el hombre—. Quiero follarte ya.

—Muy bien, cielo. Lo haremos. Pero ¿puedes hacer algo por mí mientras lo hacemos?

—Eh —exclama, poniéndose quisquilloso—, que soy yo el que paga.

Ella se sienta a horcajadas sobre él con un movimiento suave y le susurra:

—Lo sé, cielo, lo sé; eres tú el que paga, y mírate, quiero decir, debería ser yo la que te pagara a ti, tengo tanta suerte…

El hombre frunce los labios, como dando a entender que su charla de puta no le causa ningún efecto, que no lo puede engañar. Ella es una puta callejera, por el amor de Dios, mientras que él es casi un productor y ya se conoce esos atracos de última hora. Pero Bilquis no quiere dinero.

—Cariño, mientras me la metes, mientras clavas eso tan grande y tan duro dentro de mí, ¿te importaría adorarme?

—¿Que si me importaría qué?

Ella empieza a moverse lentamente hacia delante y hacia atrás: los húmedos labios de su vulva rozan la cabeza henchida del pene.

—¿Me llamarás diosa? ¿Me rezarás? ¿Me adorarás con tu cuerpo?

Él sonríe. ¿Eso era lo que quería?

—Claro —responde.

A fin de cuentas, todos tenemos manías. La mujer se mete una mano entre las piernas y desliza el pene dentro de ella.

—¿Te gusta así, eh, diosa? —pregunta, jadeando.

—Adórame, cielo —le pide Bilquis, la puta.

—Sí. Adoro tus pechos y tus ojos y tu coño. Adoro tus muslos y tus ojos y tus labios rojo cereza…

—Sí… —susurra ella, mientras lo monta igual que un barco sobre procelosas aguas.

—Adoro tus pezones, de los que mana la leche de la vida. Tus besos saben a miel y tu tacto abrasa como el fuego, y yo lo adoro —empieza a pronunciar las palabras de forma más rítmica, al compás del movimiento y del balanceo de sus cuerpos—. Tráeme tu lujuria por la mañana, y tráeme tu alivio y tu bendición por la noche. Déjame andar sin peligro por lugares oscuros y deja que vuelva para dormir a tu lado y hacerte el amor una vez más. Te adoro con todo mi ser, con toda mi alma, con todos los lugares en los que he estado y con mis sueños y mis… —Tiene que detenerse para recobrar el aliento—. ¿Qué es lo que haces? Es increíble. Increíble…

El hombre mira hacia sus caderas, hacia el lugar donde ambos se unen, pero ella le coloca su dedo índice en la barbilla y le empuja hacia atrás, de forma que solo pueda mirarla a la cara y al techo.

—Sigue hablando, cariño —dice ella—. No pares. ¿No te gusta?

—En mi vida he sentido nada parecido —dice él, y lo cree—. Tus ojos son como estrellas, ardiendo en, joder, el firmamento, y tus labios son olas que lamen suavemente la arena y yo los adoro.

Ahora la está penetrando más y más adentro: se siente eléctrico, como si la mitad inferior de su cuerpo estuviera sexualmente cargada: priápico, henchido, feliz.

—Concédeme tu don —murmura, pero ya ni siquiera sabe lo que dice—, tu único y verdadero don y hazme sentir siempre… siempre tan… Te lo imploro… Yo…

Y entonces el placer estalla en un orgasmo, dejando en blanco su mente de un fogonazo; su cabeza y su cuerpo y todo su ser están ahora en blanco mientras él la penetra una y otra vez, cada vez más dentro de ella…

Con los ojos cerrados, con el cuerpo contraído por los espasmos,

se recrea en el momento; y entonces nota una sacudida, y de pronto le parece estar colgado, boca abajo, aunque el placer continúa.

Abre los ojos.

Piensa, mientras intenta recuperar el pensamiento y la razón, en el nacimiento, y se pregunta sin miedo, en un momento de perfecta claridad poscoital, si lo que está viendo es algún tipo de ilusión.

Esto es lo que ve:

Él está dentro de la mujer hasta la altura del pecho, y mientras observa la situación con incredulidad y asombro ella tiene apoyadas ambas manos sobre sus hombros y empuja suavemente su cuerpo.

Continúa deslizándose dentro de la mujer.

—¿Cómo me estás haciendo esto? —le pregunta, o eso cree, pero es posible que tan solo lo piense.

—Eres tú quien lo hace, cielo —susurra ella.

Él siente los labios de su vulva firmemente apretados en torno al pecho y la espalda, oprimiéndolo y envolviéndolo. Se pregunta cómo los vería alguien desde fuera. Se pregunta por qué no está asustado. E inmediatamente sabe cuál es la respuesta.

—Te adoro con mi cuerpo —susurra, mientras la mujer continúa empujándolo dentro de ella. Sus labios vaginales trepan hábilmente por su cara, y los ojos del hombre quedan sumidos en la oscuridad.

Ella se despereza en la cama, como un enorme gato, y bosteza.

—Sí —dice por fin—, me adoras.

En el móvil de Nokia se oye una versión estridente y eléctrica del *Himno a la alegría*. La mujer lo coge, pulsa una tecla y se lo lleva a la oreja.

Su vientre está ya completamente plano, y sus labios vaginales han vuelto a su ser y están cerrados. El sudor perla su frente y el labio superior.

—¿Sí? —responde. Y a continuación—: No, cielo; no está aquí. Se ha marchado.

Antes de dejarse caer en la cama de la habitación roja, desconecta el teléfono, se despereza una vez más, cierra los ojos y duerme.